



Salustiano Cano Cuadros



BIOGRAFÍA

Nace en 1.935 en Beas de Segura, hijo de Sebastián “el Calderero”. Es el menor de cuatro hermanos y guarda un grato recuerdo de su infancia y de sus maestros, no queriendo destacar a ninguno de ellos porque todos contribuyeron a formarle como persona y a despertar en él su vocación de maestro. En Beas de Segura ha transcurrido la casi totalidad de su vida y es muy apreciado tanto por su trayectoria personal como profesional, ya que son muchas las generaciones a las que ha formado como Maestro de Educación Primaria y Profesor de Matemáticas.

En 1.955 terminó los estudios de Magisterio en Jaén y en octubre de ese mismo año empieza a dar clases en la Sección de Primaria del Colegio Libre Adoptado “San Fernando”, dependiente del Ayuntamiento de Beas de Segura. En marzo de 1.957 se incorpora al Servicio Militar en Madrid y mientras cumple sus obligaciones militares es contratado, en horario de tarde, como profesor en la Academia “San José de la Montaña”, en el barrio de Campamento, donde después de licenciarse seguirá impartiendo clases y desempeñando la dirección del Centro durante el curso 1.959 / 60. Tras conseguir plaza por oposición como Maestro Nacional en 1.960 deja la enseñanza privada y ocupa, con destino provisional, una plaza en el colegio público de Aravaca (Madrid). Al año siguiente ocupa la plaza de maestro de la Escuela Unitaria de Cañada Catena (Beas de Segura) y en 1.961 es destinado, con carácter definitivo, al Colegio Nacional “Miguel Primo de Rivera” (las Escuelas Nuevas) de Beas de Segura. En 1.965 es nombrado profesor del Taller Escuela Sindical “Virgen de la Paz”, compatibilizando las clases de matemáticas con las de educación primaria en el Colegio “Primo de Rivera” hasta 1.984, fecha en que obtiene la excedencia como Profesor de E.G.B. En 1.995, con cuarenta años de servicios en la enseñanza y la entrada en vigor de la LOGSE, se jubila voluntariamente.

Además de dedicarse a la enseñanza, Don Salustiano, como es conocido en Beas, ha participado en cuantas mesas redondas, coloquios y conferencias ha sido requerido y además de ser pregonero de San Marcos lo ha sido también de la Semana Santa de Beas en 1.994.

PREGÓN

Dignas autoridades, Sr. Presidente de la Hermandad de San Marcos y demás miembros de su Junta Directiva, queridos amigos y paisanos todos. Gracias por vuestra presencia en este acto que sirve de pórtico a nuestras fiestas de primavera en honor del Evangelista San Marcos y que son las más representativas de Beas, pues definen, por sí solas, la idiosincrasia de todo un pueblo que permanece fiel a sus más arraigadas tradiciones, se afana en defenderlas y pone el máximo empeño en propagar sus encantos por todos los rincones de la geografía española.

Gracias, de manera especial, a ti, Alberto, por los inmerecidos elogios que has hecho de mi persona, sin duda emanados de la amistad y estima que sientes hacia mí y que han motivado que tu corazón se explaye, haciendo oídos sordos a los dictados de la razón. Yo, mejor que nadie, soy conocedor de mis limitaciones —y esto no quiero que se interprete como fingida modestia— por lo que reconozco, honradamente, que has sido excesivamente pródigo en tus manifestaciones. Quedaría satisfecho, si el pregón que he preparado con la mayor ilusión lograra aproximarse, al menos, a la altura literaria de los que en años anteriores se han escuchado.

Cuando nuestro amigo Sebastián me invitó a ser nada menos que el pregonero de las Fiestas de Beas por excelencia, quedé perplejo. Lo que menos sospechaba era tal invitación, que denotaba claramente que quienes en mí habían pensado me estiman en más de lo que valgo, pues considero que estas fiestas deben ser pregonadas por alguien de más altos vuelos. No obstante, con prontitud acepté el reto, consciente de la gran responsabilidad que sobre mí recaía, siquiera por corresponder al gran honor que se me otorgaba. Y como a esto se suma el mucho cariño que siento por mi pueblo, sus gentes y su fiesta, sabedor de que de la abundancia del corazón habla la lengua aquí estoy con las piernas temblorosas y dispuesto a lidiar el toro que me ha tocado en suerte. Solo aspiro a que, plagiando la frase taurina, si al final “hubiera división de opiniones”, las palmas de los aplausos mitiguen algo del estridente sonido de los “pitos”.

Antes de adentrarnos en la exposición de la esencia de la fiesta, me vais a permitir que haga un somero repaso del pasado que nos permita esclarecer el origen de la misma. En todos los tiempos y latitudes, muchas manifestaciones religiosas han asociado el toro como elemento central y así lo atestiguan infinidad de autores dedicados a la investigación folclórica. Pero ninguno de los santos y santas a los que se han atribuido prodigios o milagros de carácter taurino es tan famoso como San Marcos, de quien tantas historias, leyendas y protecciones se han contado y escrito.

Desde muy antiguo se celebra en Beas de Segura esta fiesta que identifica al toro con el culto a San Marcos, pero existen testimonios de que en el siglo XV ya se celebraba, con algunas variantes, en numerosos lugares españoles. Según

datos históricos aportados por el gran bibliófilo taurino D. Antonio Millán Martínez, el ilustre cronista de Jaén y, por aquel entonces, Racionero de la Santa Iglesia de Toledo, D. Martín Ximénez Jurado, en los "Anales Eclesiásticos" de aquel Reino, cuenta que en Baeza, siendo su Corregidor Don Pedro Cuello, fue tomado a San Marcos como especial abogado en el año 1.499, celebrando en su honor una fiesta con Procesión, Misa Solemne y Sermón y ofreciéndole cada año un toro cuya carne era repartida a los pobres tras ser sacrificado. En la ciudad extremeña de Alcántara también se celebraba la fiesta por entonces y en parecidos términos. En Salamanca, los miembros de la Cofradía de San Marcos, el día de su titular, recorrían la ciudad con un toro ensogado pidiendo limosna para los pobres y, cuando le daban suelta, el soguero era cortado en trozos que se distribuían entre los enfermos graves por atribuírsele poderes milagrosos. En Pina de Ebro (Zaragoza) según la tradición ya existía en tiempos de la dominación árabe y que, por cierto, prohibieron las autoridades agarenas. Se puede asegurar que en Beas se celebraba esta fiesta, con caracteres análogos a los que he referido, desde las fechas que se tiene noticia de su celebración en Baeza, como atestiguan, con documentación suficiente, los ilustres folcloristas Julio Caro Baroja, García Matos, Gastón Durán, Francisco de Uhagón y el gran estudioso y defensor de los tipos y costumbres de la Sierra de Segura, Genaro Navarro.

Hoy no se tienen noticias de que la fiesta se siga celebrando en los lugares mencionados, siendo ahí donde radica el mérito de Beas y que pone de manifiesto lo que al principio hice constar: este es un pueblo fiel a sus tradiciones, que no escatima esfuerzos y sacrificios para defenderlas de cualquier adversidad, como lo ha demostrado a lo largo de su historia. La fiesta de San Marcos vivirá siempre con Beas y, por eso, no se concibe a Beas sin San Marcos, ni a San Marcos sin Beas. Benditos los pueblos que saben guardar sus tradiciones, pues éstas son la fuente principal para llegar a conocerlos.

Cuando se intensificó la costumbre de correr toros ensogados en honor del Santo Evangelista fue a mediados del siglo XVI, hecho vinculado a las creencias milagrosas sobre su pía intercesión en los problemas de la villa. A la sazón, se estaba construyendo el convento de las Madres Carmelitas, primero de los fundados por Santa Teresa de Jesús en Andalucía y que tanto honra a Beas. Siendo los recursos económicos al alcance de la andariega fundadora del todo insuficientes, hizo uso de su innatas gracia y simpatía, moviendo a piedad al vecindario que masiva y voluntariamente contribuyó con dinero, materiales, medios de transporte o su propio trabajo personal. El medio de transporte más moderno de la época eran carretas tiradas por animales vacunos y, por desgracia, entonces eran pocos los que había ya que, según la tradición y conforme rezaban algunos documentos que existían en el Archivo Parroquial, una terrible y pertinaz epidemia (posiblemente la glosopeda) había menguado su número de forma alarmante. No obstante, fueron puestos al servicio de la Santa los que aún no sufrían la mortal enfermedad o que, a pesar de padecerla,

contaban con fuerzas suficientes para el trabajo y fue entonces cuando ésta empezó a remitir hasta cesar por completo.

Como quiera que el final de la fatal mortandad coincidió con la fecha del 25 de abril, festividad de San Marcos, las gentes atribuyeron tal acontecimiento a su santa intercesión y en recompensa a la piadosa prestación que tal ganado estaba realizando y llevados del natural júbilo, corrieron por las calles de la villa los toros y vacas más bravíos; celebraron también una fiesta religiosa en honor del Santo, con asistencia de todo el vecindario, en acción de gracias por el inapreciable favor que les había otorgado. Tal fiesta siguió celebrándose en años sucesivos y en ella ofrecían los ganaderos dos becerros engalanados con adornos de exquisito gusto y que, según las crónicas, consistían en aparejos de finas telas bordadas y guarnecidos de espejitos, lentejuelas y cintas multicolores; sendos becerros eran llevados delante de la procesión que se hacía al terminar la ceremonia religiosa y corridos, después, por las calles junto a otras muchas reses. Pasado este día, los becerros se rifaban y el dinero recaudado se entregaba a la iglesia para remedio de los pobres.

Quiero comentar una simpática anécdota atribuida a Santa Teresa y a la que hace mención el gran poeta Federico García Lorca en su obra "Teoría y juego del Duende", cuya cita leo textualmente: "Recordad el caso de la flamenquísima enduendada Santa Teresa, flamenca no sólo por atar un toro furioso y darle tres pases magníficos..." Es como sigue: «La andariega Santa pidió ayuda, como ya hemos narrado, para las obras del convento; un vecino le ofreció, por burla, un toro muy bravo y por tal temido de todos a condición de que ella, personalmente, fuera a cogerlo. La madre Teresa, mujer de las que no se arredran, aceptó al instante y llegado que hubo al lugar en que la fiera se encontraba, tras encararse al toro y éste lanzarse raudo hacia su presa y no con buenas intenciones, tres fueron (según García Lorca) los recortes que la santa le dio a la res con el vuelo del sayal y, de pronto, el hasta entonces toro tan temido y respetado quedó suave como un guante y convertido en dócil buey; lo ató por los cuernos con una frágil hebra de lana y de esta guisa lo condujo hasta el convento para asombro de quienes no acertaban a creer lo que veían. La historia concluyó cuando el citado toro, después de haber brindado su valioso esfuerzo a las obras del Convento, fue soltado y dócilmente volvió a los corrales de su dueño, donde manifestó de nuevo su casta y su bravura".

Teresa de Jesús fue, pues, la primera "sanmarquera" y, por tanto, precursora de tantas otras mujeres de Beas que tienen a gala ser poseedoras de tan honroso título. Para ellas pido, ahora, un fervoroso aplauso.

A partir de este año de 1.575 la afición crece y el número de reses que participan en la fiesta aumenta sin cesar, compitiendo noblemente las cuadrillas en su afán por correr al animal más fiero. Había, por eso, quien adquiría ganado bravo sin reparar en gastos y con la sola intención y el orgullo personal de que sus reses fueran las que más juego brindasen. Es de suponer que a lo largo de más de cuatro siglos de existencia de la fiesta habrán sido muchos de estos

nobles animales los que alcanzaran justa fama por su bravura y fuerza; no obstante, voy a citar algunos de los de antaño que he oído nombrar y otros que, por ser de fechas más recientes, he conocido personalmente. Seguro estoy de que os sonarán los siguientes: “Pantalones”, “Relojero”, “Abd el Krim”, “Mediachicha”, “Bailaor”, “El toro de la Galana”, “El de Buenamar”, “El de la Teja” y “Urtain” entre otros muchos; y no menos famosas fueron las vacas “Currita”, la de La Vicaría, “Cariñosa”, “Morita”, la de “Juan el Herrador”, la del Montón de Tierra, la vaca del Tuerto, la “Confitera” y muchas más, cuya cita se haría interminable. Todos esos nombres merecen figurar en un cuadro de honor de nuestra fiesta.

La llegada al pueblo de las reses era todo un espectáculo difícil de narrar. ¡Qué bonito!, ver entrar al par uncido, atalajado a la manera que se hacía para el tiro del arado. Luego, el correr despavorido de la crecida masa de curiosos que cercaba a la yunta mientras era desuncida. Aquellos animales, de apariencia calma mientras permanecían uncidos, al quedar libres del yugo experimentaban una súbita transformación y, con frenética carrera, perseguían, aquí y allá, a cuantos mozos osaban provocarlos. Eran reses que a su bravura y casta sumaban la fuerza y poderío que el constante ejercicio del arado deparaba, razón por la que soportaban sin desmayo el continuo y prolongado trajín al que se las sometía. A esto hay que añadir que las reses corrían por todo el pueblo, pues su estructura antigua permitía hacer uso de todas las calles y placetas sin ningún tipo de obstáculo; hoy el asfalto, los jardines y un sin fin de coches fruto del progreso han obligado a reducir los espacios y, por ello, el recorrido es más pequeño. Ahora, sin intención de desdeñarlo, el ganado es otra cosa y aunque posee trapío y bravura propios del toro de lidia, carece de fuerzas suficientes para aguantar indemne la dura prueba de la fiesta.

Las “cuadrillas”, hoy llamadas “peñas”, prestan un inestimable servicio a la fiesta de San Marcos, pues son ellas las encargadas de ensogar, cuidar, correr, “casar” y embarcar las reses, asumiendo tal responsabilidad desde el instante mismo en que salen del cajón. Las suertes del toreo que hacen los “mozos”, y alguna que otra “moza” atrevida, consisten en el quiebro a cuerpo limpio o, a lo más, ayudados de la gorra o el sombrero. Hay quien cita a la res frente por frente y en el mismo instante del encuentro salta por encima de sus lomos; suerte arriesgada que exige precisión al tiempo que gran dosis de cualidad atlética. Los hay también, y es lo más frecuente, que al menor amago del “bicho” por emprender carrera su suerte preferida es la de huir, con rostro pavoroso, en busca de lugar seguro y, al paso, refrescar con un buen trago la garganta reseca por el miedo. Todo esto aderezado con variadas escenas de lo más jocosos para delicia y gozo de quien presencia el espectáculo desde gradas, balcones y barreras. Hay un lance que, al menos para mí, es de lo más impresionante. Me refiero al momento de “casar”, que no castrar, al toro. Consiste en arrojarse varios mozos a la cabeza del astado para, una vez sujeto fuertemente, ponerle el collar de campanillas y, a veces, el vistoso aparejo que

las novias de los mozos que componen la cuadrilla confeccionaron con el mayor esmero.

Son inevitables los trágicos sucesos en que la res alcanza a la buscada presa y ahí es cuando entra en juego la milagrosa mano de San Marcos que sale al quite con su inevitable manto y hace que tal trance, al parecer fatal, quede sólo en revolvón, susto y las ropas del incauto convertidas en harapos que mal tapan sus vergüenzas. A veces la cogida registra gravedad, pero San Marcos no permite que tal mal llegue a ser irreversible. Al respecto puedo asegurar que en la dilatada historia de San Marcos los casos de cogidas mortales pueden contarse con menos de los dedos de una mano.

Siente el Santo una especial predilección por los niños, como lo corroboran numerosos casos que podemos señalar de milagrosos. Algunos de ellos son ya muy conocidos, pero no dejan por ello de ser dignos de comentario. Oíd si no:

—En el derrumbamiento del barrio de Los Tobazos, que aconteció ha ya muchos años coincidiendo con el día de San Marcos, un niño de corta edad se salvó de muerte segura al caer sobre él una enorme sartén que haciendo de coraza protegió su tierno cuerpo de las maderas y cascotes producto del hundimiento.

—Hallándose una madre dando de mamar a su pequeño al tiempo que presenciaba tranquila el festejo, unos desaprensivos subieron una vaca hasta el piso en que se hallaba. Cerciorada de tal hecho, la mujer, despavorida y de modo inconsciente, dejó caer al niño en el vacío pero antes de llegar al duro suelo fue amparado por los improvisados brazos de un mozo que pasaba en ese instante.

—Otro caso, este por mí presenciado, es el siguiente: Una niña de unos siete años era guardiana de otra aún más pequeña. Permanecían ambas sentadas contra el quicio de una puerta, tal vez esperando la llegada de sus padres, ignorantes del peligro que corrían. De pronto, aparece a gran carrera una vaca de enorme complexión y, con la soga a su favor, rauda se dirige hacia las niñas sin que nadie pudiera intervenir. El ánimo encogido de todos los presentes se tornó pronto en expresión de asombro y alegría al observar como la noble res paraba en seco delante de las niñas que asustadas se apretaban una contra otra, comprendiendo hallarse a su merced; mirolas un instante y tras olerlas siguió su frenética carrera persiguiendo a los perplejos espectadores que seguían la escena en la calzada sin dar crédito a sus ojos. Los aplausos caldearon las manos de las gentes y yo, mientras rezaba, era consciente de que las palmas a la par las dirigíamos a la vaca y al Santo protector.

—Recordad recientemente el caso no menos admirable del niño de un buen amigo de todos, que cayó de gran altura, e impactó sobre el mismísimo morrillo de una vaca, que amortiguó su directo contacto con el suelo; quien podría pensarse que la que sería verdugo de tal niño hizo de salvadora pues,

cumplida su misión providencial, reaccionó de igual manera que la vaca del relato anterior.

Muchos son los casos que podría seguir narrando y que muestran a las claras la devota intervención de San Marcos pero no quiero abusar de vuestra probada paciencia, que agradezco y aprecio en lo que vale.

Haría mención de cuadrillas, peñas y personas que gozan justamente de fama de buenos “sanmarqueros”, pero amén del temor a dejarme muchos de ellos, que no sería justo, considero que el principal protagonista de San Marcos es todo el pueblo, como corrobora el hecho de que la festividad de San Marcos haya pasado por muchas vicisitudes y en numerosas ocasiones se han recibido órdenes gubernativas prohibiendo la corrida de las reses, pero era entonces cuando se hacía notar el tesón de nuestro pueblo que, remedando con firmeza al inflexible Fuente Ovejuna, lograba su propósito en el último momento, preservando su festejo más querido. Año tras año se suceden, sin desmayo, los escritos dirigidos a altas instancias en los que con argumentos suficientes se solicita el reconocimiento oficial de la fiesta, y es en el año de gracia de 1.963 cuando, por fin, se reconoce oficialmente la tradicionalidad de los festejos taurinos en Beas durante los días 24 y 25 de abril, según Resolución dictada por el Gobierno Civil de Jaén con fecha 3 de abril del citado año, firmada y rubricada por su titular, Pardo Galloso, y dirigida a D. Miguel Cuadros Avilés y trescientos cincuenta firmantes más. A partir de este momento se redactaron los primeros Estatutos y las sucesivas Juntas Directivas han rivalizado noblemente en hacer más próspera al fiesta, colaborando en ello el pueblo entero; un pueblo que derrocha su hidalguía y hospitalidad marcando a nuestra fiesta con un sello singular e inconfundible, demostrando al visitante que Beas es un pueblo acogedor que sabe divertir y divertirse.

Si atractivo resulta lo que acontece el 25, alma de la fiesta, no lo es menos el transcurso de la noche precedente y de la que me vais a permitir hacer reseña según mi personal visión. Tarde que declina de un nuevo 24 de abril; mozos y mozas reclinados por doquier en busca de descanso, de un descanso bien ganado tras constante devaneo en su juego con la res. El ruido ensordecedor de hace tan sólo momentos ha cesado como por encanto; balcones e improvisados graderíos van quedando desiertos paulatinamente, madres que a sus pequeños instan a seguirlas prontamente ya que la noche es corta y hay que dar a los cansados cuerpos el descanso que permita el efímero espacio de tiempo con que cuentan y así afrontar con éxito los miles motivos de fatiga que tendrán que soportar al día siguiente. Pero todo esto que se observa es engañoso, no denota que la fiesta haya acabado; es tan sólo como el alma de un rescoldo cubierto de ceniza que al impulso de la brisa más ligera, despierta con redoblado ímpetu dispuesto a transmitir el fuego que en sí encierra. De repente, las fuerzas que parecen apagadas vuelven a encarnarse en los cuerpos de las gentes y, de nuevo, renace el afán de divertirse. Coros bullangueros y charangas deambulan por las calles entonando sin cesar la típica sonata: “Viva la fiesta, San Marcos,

que nadie puede quitar..."; los bares y chiringuitos, símbolo y esencia de toda fiesta, llenos a rebosar apagan el fuego que anida en las gargantas y avivan los ánimos de cuantos, no hacía mucho, sentían la fatiga y la tibieza. En derredor de quien observa todo son caras alegres; los abrazos de saludo se prodigan; vítores constantes a San Marcos, torero por derecho y condición del sentir tradicional; ruidos en las calles producidos por petardos y cohetes que no cesan de tronar, bullicio, cantos, risas, alegría desbordada. Todo ello producto de la euforia que transmite la ingestión generosa de alcohol que sin tregua, se sucede. Así van transcurriendo las horas de la noche que, cual madre amorosa, lleva entre las tocas a su retoño, el día. Y al fin llega, como digno colofón de una noche inolvidable, lo más pintoresco de la fiesta: LA DIANA.

En la plaza principal comienzan a reunirse las peñas de los mozos y de los que no lo son tanto; pronto son cientos, miles, las personas que rodean a la banda de música, presta a iniciar el paseíllo con el fin de dar aviso a los que duermen de que está pronta la hora del comienzo del festejo. Suenan los primeros acordes de la banda y la masa humana se pone en movimiento, salta y corea al unísono el pasacalles que se interpreta, formando un potentísimo orfeón que rompe el silencio de la noche en que se hallan sumidos los barrios más lejanos; delante del cortejo van directores de orquesta improvisados blandiendo a manera de batuta las varillas quemadas del cohete que explotó. La comitiva es como un río que inunda la calzada y crece sin cesar a medida que se suman nuevos grupos que provienen de callejas afluentes. Prosigue la comparsa, cada vez más bulliciosa, hasta tornar de nuevo al lugar de su partida y aquí tiene fin la nocturna algarada, dando paso a otra nueva que aún tendrá más resonancia: la del largo y movido día de San Marcos. La aurora, preludio del naciente día, empieza a percibirse y la luz, desperezándose, disipa poco a poco la negrura de la noche; rostros demacrados reflejan la lógica fatiga de una noche sin descanso. Pero pronto se reponen las decaídas fuerzas con la mágica receta de este día: succulentas chuletas y otras viandas regadas con largueza por el plácido jugo de la vida. Con tal alivio y otros muchos repetidos a lo largo de la fiesta se logra lo que apenas se concibe: soportar, aguantar con energía el continuo bregar de la jornada y la inmensa emoción de todo el día.

Terminada la diana, y aún muy de mañana, las peñas se apresuran para correr las reses cuanto antes, pues ya la gente espera inquieta el reinicio de la fiesta. Vuelve a renacer el clamor del día anterior y arrecia el entusiasmo y alegría a medida que aumenta el número de reses. Se prodigan las carreras, los revolcones, las caídas al río y los consiguientes chapuzones para delicia y gozo de quien observa los tropiezos a cubierto de peligro. Pasa el tiempo sin apenas percibirse y llega la hora de la fiesta religiosa; las reses se recogen y permanecen descansando mientras se celebra la Misa y Procesión. Es la hora de alabanza a nuestro Santo, merecedor del tributo de su pueblo, para rogar por los que ya murieron y junto a él presencian su "San Marcos" para siempre desde un lugar situado más allá de las estrellas.

La Procesión es una masiva manifestación mezcla de júbilo y fervor capaz de impresionar al corazón más insensible; la multitud rodea la imagen de San Marcos entronada sobre carroza bellamente engalanada y tirada por dos bueyes, que simbolizan la fiesta (Felicito desde aquí a quienes tuvieron tan acertada idea). Es una procesión que se aleja por completo de los cánones que rigen esta clase de manifestaciones religiosas en las que prevalece el silencio recogido; yo diría que es atípica para el sentir del visitante, pero muy típica para nosotros. En esta Procesión prima la alegría espontánea que nace del corazón agradecido y satisfecho; la gente canta oraciones al Santo, brinca y baila sin cesar. Y esto, lejos de agraviarle, me atrevo a decir que le agrada, pues "si el que ora cantado, ora dos veces", si además baila, reza tres.

Hago un inciso en este punto para hacer mención de un hecho desconocido por muchos y que es de justicia comentar. La actual imagen de San Marcos fue donada, hacia el año 1.945, por los ya fallecidos paisanos y amantes de la fiesta D. José Monedero Mira, D. Ginés y D. Miguel B. Monedero Calabria, según información personal que me ha suministrado la propia familia del primero; bendijo la misma, con ceremonial solemne, el por entonces Párroco D. Lorenzo Estero López, siendo los padrinos Doña Matilde Garrido García y D. Ginés Monedero Calabria. Como Beas tiene a gala ser un pueblo agradecido, me erijo su portavoz en este acto para honrar a ellos con un emocionado recuerdo y a sus deudos testimoniarles el sincero y eterno reconocimiento de su pueblo.

Tengo oído que las reses corridas en la fiesta varios años, al llegar el mes de abril, cambiaban por completo su carácter; se tornaban díscolas e inquietas al presentir que se acercaba el día de San Marcos. A mí ese hecho no me extraña, pues la propia naturaleza parece presagiar la fecha y hasta el campo se muestra más vistoso y contagia sus encantos. Por eso:

Las margaritas, las amapolas,
todas las flores de las praderas
de su letargo prestas despiertan.
Visten sus galas tan primorosas
con el donaire propio
de damas que van de fiesta.
Y es que vislumbran que ya está cerca,
que está llegando, llama a la puerta
la más querida de nuestras fiestas.
Fiesta jovial, bravía, torera
de gran solaz,
fraterna por demás.
Muy postinera, fiesta atrayente,
que incita a recordar con añoranza
el plácido lugar que vio nacer
a tantos hijos que lo dejaron por avatares.

Pero animados por los encantos que encierra esta,

fieles acuden sin dilaciones.
Para que, unidos, junto a nosotros,
todos felices, gritar a coro:

“VIVA SAN MARCOS”